

En el terreno de las paradojas: nacionalismo, identidad étnica e ideología en América Latina

Marcela Gleizer

Resumen

La autora analiza el lugar que la ideología nacionalista, en sus distintas versiones históricas, ha otorgado a los grupos indígenas. Alrededor de cuatro ejes representativos (el nacionalismo liberal del siglo XIX, el nacionalismo revolucionario, el marxismo y el proyecto democratizador), la autora enfatiza en las constantes que se observan a lo largo del tiempo, pues son éstas las que expresan las dificultades –frecuentemente planteadas como paradojas– para formular un proyecto integrador en el cual la plena pertenencia a la comunidad nacional y la conservación de identidades étnicas no son alternativas irreconciliables.

Abstract

The author analyzes the political space that nationalism, in its different historic versions, has allocated to indigenous peoples. From four theoretical constructs (liberal nationalism of the XIXth century, revolutionary nationalism, marxism, and democratizing project), the author examines trends observed over time. These constants encapsulate the difficulties, also known as paradoxes, to formulate an integrated project in which belonging to a Nation, and conserving one's ethnic identity are not irreconcilable differences.

Desde la independencia hasta nuestros días, la ideología nacionalista ha ocupado un lugar central en los países de América Latina. A lo largo de las transformaciones históricas que esta filiación ha observado, se fueron modificando los contenidos de la propuesta de nación, desde una versión excluyente hacia posiciones cada vez más incluyentes.

El propósito de este trabajo es analizar el lugar otorgado a los grupos indígenas en las distintas versiones, así como las críticas que desde posiciones teóricas e ideológicas se han realizado de las mismas. La hipótesis de trabajo es que, más allá de las características particulares que asumen los contenidos específicos de cada momento, se observan constantes que expresan las dificultades –frecuentemente planteadas en forma de paradojas– de formular un modelo integrador sin que éste pase por alguna exigencia de uniformidad o de homogeneización.

El estudio del nacionalismo: teoría e ideología

El nacionalismo es definido como "un credo político que constituye el principal apoyo para la cohesión de las sociedades modernas y legitima su pretensión de autoridad",¹ "(...) una ideología que localiza la legitimidad política del Estado en el autogobierno por los co-nacionales."²

Los teóricos coinciden en ubicar el origen del nacionalismo con el desarrollo del Estado-nación en Europa después del periodo napoleónico. Su difusión a escala mundial es resultado del colonialismo y, por tanto, se trata de un fenómeno íntimamente ligado al proceso de "europeización" y "modernización" de las sociedades. Como resultado de este origen común comparte una serie de características, entre las que podemos mencionar la búsqueda de una autodefinición e identidad del grupo, la reacción frente a un desafío extranjero, la capacidad de "integración" subordinando intereses de clase, la demanda de que los miembros del gobierno compartan características culturales con los gobernados.

Asimismo, existe consenso acerca de que el nacionalismo asume formas particulares en distintos contextos y que ha sufrido numerosas transformaciones. De esta manera, aunque con diferencias de matices en los criterios de clasificación, se reconocen en términos generales dos grandes variantes: el nacionalismo de Europa occidental y el nacionalismo del "resto" del mundo.

A partir de este punto las coincidencias teóricas dejan de ser tan claras, existiendo diversas propuestas para explicar esta doctrina. Sin embargo, a pesar de las diferencias, coinciden en un aspecto de fundamental importancia: en todos los enfoques puede encontrarse una clasificación *valorativa* del fenómeno, distinguiendo entre nacionalismos "buenos" y nacionalismos "malos". Para ejemplificar esta afirmación tomaré dos perspectivas teóricas: el enfoque de la modernización y el marxismo.

En el primer caso, desde el punto de vista del liberalismo, habría una forma "moderna" ("buena") de nacionalismo, caracterizada por inclinarse hacia la comunicación, con base en una organización territorial y una sociedad política que constituye una nación de ciudadanos, constituido a partir de libertades individuales y el autogobierno, representado especialmente por Estados Unidos e Inglaterra. Kohn sostiene, en esta misma perspectiva, que

Como fenómeno de la historia moderna europea, la ascensión del nacionalismo está íntimamente vinculada con los orígenes de la soberanía popular, la teoría del gobierno por el consentimiento activo de los gobernados, el

¹ Hans Kohn, "Nacionalismo", en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, p. 306.

² N. Abercrombie, et al. *Dictionary of Sociology*, p. 140.

crecimiento de la secularización, el debilitamiento de las antiguas lealtades tribales, clánicas o feudales, y la difusión de la urbanización, la industrialización y los progresos en las comunicaciones.³

Este nacionalismo es el valorado positivamente por los teóricos de la modernización. Desde este enfoque, dado que existe, el nacionalismo debe cumplir alguna función. Deutsch, a partir de su teoría de la comunicación, sostiene que la misma consiste en posibilitar la integración, haciendo menos destructivas las consecuencias psicológicas de la movilidad social, y en permitir enrolar a la población en metas sociales generales, a través de la participación política.⁴ Esta perspectiva presupone un claro interés *general* de la población en la modernización, dado que ésta beneficiaría a todos sus integrantes.

Para el liberalismo, el nacionalismo "malo", como contraparte, se caracterizaría por acentuar el carácter autóctono de la nación, los orígenes comunes y enraizamiento del suelo ancestral; y es condenado como un exceso, que tiene características autoritarias, xenofóbicas y antidemocráticas, con una fuerte tendencia a la homogeneidad y a no permitir expresiones de las minorías al interior del Estado. Esta modalidad es calificada como una ideología artificial, dado que es imposible identificar una característica común para todos los miembros de una sociedad que claman pertenecer a la misma nación. Se trataría más bien de un mito creado por los intelectuales quienes son exponentes de visiones románticas sobre el idioma nacional, la herencia tradicional y la identidad. El nacionalismo es así asociado con el extremismo político y la xenofobia. La representación más extrema de esta variedad está dada por el nazismo y el fascismo.

El marxismo clásico, por su parte, rechazó a la nación en tanto ideal burgués y, en consecuencia, al nacionalismo como ideología de esta misma clase. Los argumentos básicos consistían en que se trataba de una doctrina que servía a los intereses de la naciente burguesía en contraposición a la clase terrateniente y como defensa frente a los grupos capitalistas extranjeros, subsumiendo los intereses de clase a los intereses de la "nación" —equivalentes a los suyos propios— que podía poner en peligro la solidaridad internacional del proletariado.

Sin embargo, el marxismo posterior acepta esta ideología: la URSS se constituye en 1921 como federación de Estados nacionales y los soviéticos intentaron establecer una alianza con los movimientos nacionalistas que conducirían a las denominadas "guerras de liberación nacional". En esta nueva concep-

³ Kohn, *op. cit.*, p. 307.

⁴ Karl Deutsch, *Nationalism and its alternatives*.

ción, la lucha nacional es calificada como una forma especial de la lucha de clases.

En síntesis, estas dos teorías manejan dos grandes oposiciones: para el liberalismo, el nacionalismo "bueno" es aquel que permite llevar adelante los procesos de modernización propios de occidente, mientras que el "malo" es aquel que encarna la negación de estos principios. Para el marxismo, por su parte, el nacionalismo "malo" es el que representa los intereses de la burguesía⁵ y el nacionalismo "bueno", en cambio, es aquel que representa los intereses de las clases trabajadoras y explotadas en contra del colonialismo.

Dado que tenemos referentes empíricos para cada una de las modalidades descritas, surge con persistencia la pregunta de si se trata en realidad de un mismo fenómeno. De hecho, dado que el nacionalismo puede tomar muy diferentes direcciones —democracia, fascismo o comunismo— y puede ser asociado con diferentes clases, se ha argumentado que no puede haber una teoría general del mismo. Sin entrar en esta discusión, es interesante destacar que en todos los enfoques analíticos sobre el nacionalismo encontramos coexistiendo descripciones sobre lo que éste "es", con prescripciones sobre lo que "debe ser"; es decir, además de importantes aspectos teóricos, un fuerte componente ideológico que tiene que ver con el modelo de "nación" al que se aspire.

Veremos a continuación de qué manera estos elementos ideológicos se articulan en las distintas propuestas del nacionalismo latinoamericano con respecto a un tópico particular: el lugar de los grupos étnicos en la conformación de la nación.

Nacionalismo y minorías étnicas en América Latina

Rustow señala que la nacionalidad, como cualquier forma de lealtad, es una cuestión de grado. Un caso particular que favorecería un nivel de intensidad bajo del sentimiento nacional, resulta cuando los estados incluyen en sus fronteras minorías étnicas.⁶ Este es, sin duda, el caso de la mayor parte de los países latinoamericanos, tal como lo ejemplifican México —al que nos referiremos con mayor especificidad en este trabajo—, Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala, Nicaragua, Chile y Brasil.

El mismo autor afirma que "La historia sirve, con frecuencia, como un repertorio de símbolos entre los que los nacionalistas seleccionan instintivamente

⁵ Noción que prácticamente coincide con el nacionalismo "bueno" de los liberales, con la diferencia de que, para el marxismo, el fascismo y el nazismo serían variedades extremas de esta misma categoría.

⁶ D. Rustow, "Nación", en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, p. 303.

aquellos que sirven a su propósito particular."⁷ Se trata, casi siempre, de romper con el pasado inmediato, buscando en las glorias de un pasado remoto la promesa de un futuro mejor. Este movimiento ha sido sumamente frecuente a lo largo de la historia del continente y la utilización de la civilización indígena precolombina como elemento de constitución de identidad continúa vigente hoy en día. Sin embargo, la manera en que se ha integrado el elemento indígena ha variado enormemente dependiendo del momento histórico al que nos refiramos.

Por otra parte, los indígenas no representan únicamente un pasado. En muchas de nuestras sociedades constituyen parte importante, cuando no mayoritaria, de la población. Frecuentemente la utilización de las culturas indígenas como símbolos integrantes del nacionalismo, se acompaña también de algún tipo de propuesta sobre la manera de integrar, en el presente, estos grupos étnicos al proyecto nacional.

El nacionalismo del siglo XIX

El origen de la filiación nacionalista en América Latina está ligado al periodo de formación de los Estados nacionales durante las guerras de independencia ocurridas a principios del siglo XIX. Este proceso asumió un carácter excluyente, dado que el conflicto opuso a los criollos y a los peninsulares, sin que interviniera la incorporación de conglomerados sociales indígenas o populares al proyecto nacional.⁸

Un ejemplo de esta modalidad la encontramos en las posiciones de los liberales, que mantuvieron el poder en México entre 1824-1855. La doctrina liberal contemplaba

(...) una república federal democrática, gobernada por instituciones representativas, una sociedad secular libre de la influencia clerical, una nación de pequeños propietarios, campesinos, maestros y artesanos; con el libre juego del interés individual liberado de las leyes restrictivas y del privilegio artificial.⁹

De acuerdo a este modelo, no podían aceptar en su proyecto nacional a sectores que mantuvieran características percibidas como contrarias a la anhelada "modernización". Los grupos indígenas significaban un obstáculo en este sentido tanto a nivel social como a nivel económico, porque constituían una población ajena a este proceso, que impedía alcanzar el ideal de una sociedad

⁷ *Ibid.*, p. 303.

⁸ F. Zapata. *Ideología y política en América Latina*, p. 14.

⁹ D. Brading. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, p. 101.

de iguales, al tiempo que mantenía formas de producción precapitalistas, percibidas como un lastre para el desarrollo de la nación.

Tal como señala Aguirre Beltrán,

(...) los liberales del siglo pasado contemplaron las características de las culturas indígenas desde el marco de referencia que les suministró la teoría liberal. Consideraron a los indígenas iguales a los no indígenas y conforme a este principio... les concedieron libertades comunes al género humano... Para ellos, las culturas indígenas y la cultura nacional eran básicamente iguales y en consecuencia enfocaban el problema de las características indígenas como si éstas fueran resultado de la ignorancia, de la pobreza o de falta de desarrollo, simplemente.¹⁰

En la versión de Pimentel, por ejemplo, la segregación y aislamiento paternalista del indígena con el objeto de protegerlo constituía la causa de la degradación del mismo.¹¹ A partir de este diagnóstico, la solución propuesta fue redimir al indígena por homologación, lo que excluía el derecho a la diversidad. La integración estaba representada por el mestizo, al que el indígena debería asimilarse:

Debe procurarse —dice Pimentel— ...que los indios olviden sus costumbres y hasta su idioma mismo, si fuera posible. Sólo de este modo perderán sus preocupaciones y formarán con los blancos una masa homogénea, una nación verdadera.

Es decir, que la solución consiste simple y sencillamente en que el indígena... deje de ser indígena, o en otras palabras, "que no hay solución para el indígena; la habrá sí, para el individuo que haya sido indígena en sus costumbres, lengua, etcétera, pero a condición de que ya no lo sea."¹²

Villoro vincula estas posiciones con los intereses políticos de los mestizos, quienes al postular la homogeneidad y unión se colocan a sí mismos en el centro y término de la historia americana. De esta manera, los indígenas le dan sentido a su papel, legitimando en el discurso su importancia social.¹³

¹⁰ G. Aguirre Beltrán, "Las características de las culturas indígenas", en L. Zea (comp.), *Características de la cultura nacional*, p. 34.

¹¹ L. Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, p. 176.

¹² *Ibid.*, p. 183.

¹³ *Ibid.*, p. 182.

El otro obstáculo para el progreso desde la óptica liberal era la supervivencia del indígena como entidad legal.

El indio, objeto de toda una legislación colonial destinada a protegerlo, poseía privilegios legales que lo separaban del resto de los ciudadanos. Pero todavía, los pueblos indios, gobernados por sus propios magistrados, preservaban a la luz del siglo XIX el principio retrógrado de la tenencia comunal de la tierra. Después de la independencia todas las instituciones destinadas a proteger exclusivamente al indio fueron gradualmente abolidas. De manera similar fueron destruidos sus privilegios legales.¹⁴

Las consecuencias de este proceso fueron claramente analizadas por Mariátegui, en referencia a la actuación de los liberales en el Perú, señalando que sus postulados sobre la liberalización de la economía fueron utilizados para atacar a la comunidad indígena antes que a los latifundios, considerando a la comunidad como un rezago de la sociedad primitiva, aboliendo las trabas para una economía de libre mercado, pero sin dar protección a los agricultores, lo que en definitiva condujo a la posibilidad de apropiación de las tierras indígenas por los terratenientes y a intensificar la marginación de los indígenas.¹⁵

Los nacionalistas liberales del siglo XIX nos plantean así la primera gran paradoja en torno al lugar de los indígenas: si se los integra, se los despoja de su identidad; si se mantiene la identidad, es a costa de su marginación social, política y económica en el contexto nacional. La conjunción de integración con la conservación de identidad resulta una alternativa imposible. Como hemos visto, por un lado, esto responde a los intereses políticos y económicos de los liberales, que buscaban fortalecer su poder y prestigio en tanto mestizos, al asegurarse una posición fundamental dentro de la sociedad, al tiempo que actuaban en función de sus intereses económicos. Sin embargo, sería simplista considerar éste como único factor, o la marginalidad de los indígenas como consecuencia de una intención deliberada y maquiavélica.

En buena medida permeaba, como se observa en Pimentel, la genuina creencia de que a través de la asimilación era efectivamente posible mejorar la condición de los indígenas y que se estaba actuando en su favor. La paradoja resulta, entonces, de la convergencia de los intereses sociopolíticos de los liberales con las connotaciones ambiguas del término "igualdad" en esta ideología. El ubicar en el mismo nivel a los individuos frente a la ley, con el propósito de garantizar mayor libertad, tiene como consecuencia "perversa" o no deseada

¹⁴ D. Brading, *op. cit.*, p. 105.

¹⁵ J. C. Mariátegui, "El problema del indio", en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

—al menos en la interpretación del liberalismo que realizan las élites latinoamericanas de la primera mitad del siglo pasado— el imponer autoritariamente una uniformidad que deja poco espacio para la expresión de la diversidad, al mismo tiempo que cancela las posibilidades de que éstas se manifiesten como grupos y no en tanto individuos.

Se encuentra aquí el primer ejemplo de una dificultad que atraviesan las distintas vertientes que asume el nacionalismo, más allá de la perspectiva teórica desde la cual se lo construya: el problema indígena es tratado a partir de la mirada de occidente y las soluciones se plantean en función de las alternativas que esta perspectiva ofrece para un momento determinado. Es siempre la respuesta del no-indígena acerca del indígena, basada —más allá de las buenas intenciones (o junto con ellas)— en intereses ideológicos que responden a estos no-indígenas, donde frecuentemente están ausentes el conocimiento concreto sobre los problemas específicos de las minorías étnicas.

El nacionalismo revolucionario

La idea nacionalista evoluciona y se transforma a lo largo de los siglos XIX y XX, adquiriendo distintos matices y contenidos a partir de las concepciones de los pensadores que la sustentaron. José Martí, por ejemplo, complementa la noción con la idea antiimperialista. Su proyecto contiene ya la preocupación, que se desarrollará con más fuerza en Haya de la Torre, de aglutinar a diversos grupos sociales en una alianza política para la definición de un proyecto nacional. Este marco dará lugar al segundo momento del nacionalismo latinoamericano, el nacionalismo revolucionario. Antes de describir sus características, nos detendremos brevemente en la propuesta de Martí al respecto de las minorías étnicas.

Martí toma partido por "la barbarie" porque lo autóctono, lo genuino es lo que permite oponerse a la dominación colonialista e imperialista.¹⁶ De acuerdo al modelo descrito anteriormente, en la recuperación de los elementos diferenciadores y propios Martí encuentra un elemento cohesionador y depositario de identidad. A partir de esta posición, expresó su esperanza de que, una vez ganada la independencia política, todos los habitantes de Cuba, sin importar su raza u origen, serían capaces de vivir en armonía. Así, si por un lado su propuesta de igualdad racial resultaba revolucionaria para su contexto, por el otro descontaba —tal como señala Kirk, "de una manera francamente anticientífica"—¹⁷ la posibi-

¹⁶ J. Martí, "Nuestra América", en *Cuba, nuestra América, los Estados Unidos*, pp. 111-120.

¹⁷ J. Kirk, *José Martí. Mentor of the Cuban Nation*, p. 111.

lidad de tensiones raciales en una Cuba liberada, porque clamaba que "no existe odio racial, porque no hay razas diferentes."¹⁸ La posición, aún cuando representa un avance en término del tipo de integración que se propone a los grupos minoritarios, ya que considera una igualdad social y no solamente legal, mantiene en última instancia la misma paradoja del liberalismo: la incorporación al proyecto nacional se realiza a través de la subordinación de las especificidades de los grupos étnicos.

El nacionalismo revolucionario retoma muchos de los elementos presentes en la propuesta martiana, articulándolos de manera particular. En el contexto global, esta vertiente corresponde al desarrollo de los nacionalismos en el Tercer Mundo, los cuales se caracterizaron por ser esencialmente desarrollistas, presentarse frecuentemente en estrecha unión con movimientos antiimperialistas y populistas, manifestando un potencial perceptiblemente emancipador. Sus protagonistas más importantes han sido la burguesía y las clases medias, aunque apelan al "pueblo" (pero no específicamente a la clase obrera), justificando en función de los problemas externos no hablar de los problemas internos y el que se requieran sacrificios de la población.¹⁹

Así, en el nacionalismo revolucionario resulta distintiva la participación de las masas en los proyectos nacionales, basada en la constitución de alianzas entre clases. De esta manera, en comparación con el momento anterior, supone una ampliación de las bases sociales originales del nacionalismo latinoamericano, aunque la integración de los sectores populares se propone en forma jerarquizada, dado que se trata de formular objetivos comunes a una estructura social heterogénea, negando la posibilidad de existencia de intereses contradictorios con la meta de afirmar el proyecto nacional.²⁰

Dentro de esta filiación destaca la doctrina generada en el proceso de la revolución mexicana. Esta comparte elementos del socialismo, como ser antiimperialista y antioligárquica, pero se diferencia de éste porque no abandona la idea del proyecto nacional plasmado en la unidad de los grupos sociales.

A lo largo del movimiento revolucionario, el nacionalismo

se convirtió en el vehículo de un doble ataque contra los intelectuales positivistas que denigraban la tradición nacional, y contra el dominio del capitalismo liberal de los estados Unidos... los nacionalistas de la Revolución recurrieron a la tradición y a los mitos e ideas que fueron formulados durante

¹⁸ J. Martí, *op. cit.*, p. 119.

¹⁹ H. Puhle, "Nacionalismo en América Latina", en *Revista Paraguaya de Sociología*, pp. 126-127.

²⁰ F. Zapata, *op. cit.*, pp. 14-16.

la guerra de independencia. Tal fue el origen del extendido indigenismo y de la exaltación de los héroes de la insurgencia.²¹

En el proyecto de cambio social que reflejaba la revolución el indígena es reivindicado como encarnación de la nacionalidad, y por tanto su integración constituye uno de los problemas que la propia revolución debe resolver.²² A partir de 1910 se dejará de tratar de propiciar la mezcla de razas con el objeto de que los indígenas desaparezcan como grupos diferenciados; antes bien, respetando las características que les dan identidad, el discurso sostendrá la necesidad de apoyar el desarrollo de los grupos indígenas para su incorporación a la economía del país, de manera que lleguen a ser factores de importancia en la vida material y cultural de la nación.²³

Esta visión tomará forma en los planteamientos de Lombardo Toledano, quien nacionaliza la interpretación leninista del problema del indígena, integrando aspectos del pensamiento anarquista y populista. Sus propuestas en términos concretos consistieron en:

1. Luchar contra los efectos perniciosos del latifundio y de la concentración de la tierra.
2. Dotar a los núcleos indígenas de tierras, agua, crédito y dirección técnica, para hacerlos factores de importancia en la economía del país.
3. Respetar la integridad social y cultural de los grupos indígenas.
4. Emplear las lenguas autóctonas para transmitir mediante ellas, la cultura universal a los indígenas.
5. Aceptar a éstos en la vida de América, no como hombres vencidos, ni como menores sujetos a tutela, sino como una fuerza humana capaz de contribuir al enriquecimiento del país.²⁴

Aunque la integración no pase ya por la asimilación, en la mayoría de los proyectos dentro de esta filiación, los indígenas estarían subordinados a otros grupos sociales, que dirigirían la alianza antiimperialista fuertemente integradora en torno a la construcción de una única identidad nacional. En las acciones concretas, por otra parte, la condición de los indígenas no varió sustancialmente.

²¹ D. Brading, *op. cit.*, p. 11.

²² F. Zapata, *op. cit.*, p. 127.

²³ G. Aguirre Beltrán, "Introducción", en Lombardo Toledano, *El problema del indio*, p. 40.

²⁴ *Ibid.*, pp. 41-42.

Dos críticas al nacionalismo revolucionario: el marxismo y la academia

Una de las críticas más importantes al nacionalismo revolucionario proviene del marxismo. En su versión más ortodoxa, Mella, polemizando con Haya de la Torre, sostiene que "Olvidan que la penetración del imperialismo termina con el *problema de raza* en su concepción clásica al convertir a los indígenas, mestizos, blancos y negros en obreros, es decir, al dar una base económica y no racial al problema"²⁵ El argumento central de la crítica consiste en sostener que la alianza de clases es una estrategia de las clases dominantes para subyugar a la clase trabajadora, la verdaderamente importante. Mella continúa:

La experiencia ha probado que el campesino —el indio en América— es eminentemente individualista y su aspiración suprema no es el socialismo, sino la propiedad privada, error de que solamente el obrero puede liberarlo por la alianza que el Partido Comunista establece entre estas dos clases.²⁶

Resulta evidente que no hay lugar posible para minorías étnicas que mantengan su identidad cultural en esta concepción. Al igualarse con el proletariado, la identidad étnica se disuelve en la de clase, y es esta última categoría la que resulta fundamental. Nuevamente, encontramos alternativas excluyentes: o se entra en la historia, pero como proletarios; o se pertenece a la reacción, aunque se mantenga la identidad.

Parte de estos argumentos son retomados más tarde en los enfoques académicos que analizan el lugar de las etnias en proyectos como el de la Revolución mexicana. Devalle, por ejemplo, afirma que

En las ideologías nacionalistas populistas, los intereses de la posición dominante quedan salvaguardados al desviarse la atención de las confrontaciones de clase hacia 'lo racial' y 'lo étnico'. La retórica 'tradicionalista', que a menudo permea estas fórmulas, no es siempre un indicador de un compromiso firme con la descolonización o la defensa de una identidad histórico-cultural. Por el contrario, ha resultado en intentos de distorsión de las culturas, formas de pensamiento, organización y acción de las comunidades subordinadas para reproducir la subordinación.²⁷

²⁵ J. A. Mella, *Escritos revolucionarios*, p. 192.

²⁶ *Ibid.*, p. 192.

²⁷ S. Devalle, "Etnicidad: discursos, metáforas, realidades", en Devalle (comp.), *La diversidad prohibida*, p. 21.

En el análisis de los mecanismos del Estado para mantener subordinadas a las etnias señala la utilización de dos estrategias aparentemente contradictorias: la negación de la pluralidad cultural en nombre de la "identidad nacional" y el reforzamiento de las diferencias étnicas y culturales, para encubrir las contradicciones sociales, las relaciones y conflictos de clase, la verdadera naturaleza de las luchas sociales y para mantener modos específicos de explotación. El otro aspecto de esta estrategia dual es la preservación de la diversidad cultural como ejemplar de museo (folclorismo, cultura para el turismo, etcétera).²⁸

Nuevamente encontramos una paradoja, ahora con respecto al papel del Estado en la integración de los grupos étnicos: si existe una política indigenista se valora negativamente, pues se trataría en realidad de manipulación, donde en definitiva las minorías perderían su identidad; mientras que si a nivel estatal se ignora el problema, se mantiene a los grupos en su condición marginal.

En otro ejemplo que ilustra la manera en que elementos del esquema marxista son utilizados para analizar el lugar de las etnias en el contexto nacional, Darcy Ribeiro sostiene que la sociedad burguesa es la que produce la modernización, occidentalización y uniformidad y que luchando contra ésta es como se puede recuperar la identidad.²⁹ Se propone así conjuntar dos resultados a través del mismo proceso. La lucha de clases posibilita la destrucción de la sociedad que mantiene a las etnias en una situación marginal, y por tanto, es a través de la misma como éstas podrán recuperar su identidad. Aparentemente, las alternativas que encontrábamos planteadas en Mella dejan de ser excluyentes. Sin embargo, este planteamiento tiene consecuencias peligrosas. ¿Qué pasa, por ejemplo, con la identidad occidental, de la cual, como dice Medina Echaverría somos parte integrante, "todo lo marginal que se quiera"?³⁰ ¿Debemos renunciar a ésta? En última instancia, el modelo propone una alternativa maniquea, donde la posibilidad de pluralidad por la que se manifiesta también implica, en definitiva, la exclusión de una modalidad cultural.

Por otro lado, este discurso aboga por el derecho a la expresión cultural de las minorías, *siempre y cuando* constituyan grupos marginales. Como consecuencia, no se reconocen los derechos a mantener la identidad de grupos étnicos que no se encuentran en una situación de marginación (por ejemplo, son frecuentes los juicios negativos hacia grupos como los judíos, orientales o minorías extranjeras occidentales que busquen mantener su idioma, religión,

²⁸ *Ibid.*, p. 20.

²⁹ D. Ribeiro, "Etnicidad, indigenismo y campesinado. Futuras guerras étnicas en América Latina", en Devalle (comp.), *La diversidad prohibida*.

³⁰ J. Medina Echaverría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico en América Latina*, p. 19.

instituciones o relaciones de parentesco endogámicas dentro de la sociedad occidental e integrados a la misma, sin que esto se considere contradictorio con una posición a favor del derecho a la identidad cultural de los grupos indígenas). Además del potencial xenofóbico que contiene esta lógica, surge la pregunta ¿que pasaría con los grupos indígenas si efectivamente llegaran a participar en condiciones favorables dentro de la sociedad capitalista?³¹ ¿Perderían entonces su derecho a mantener su identidad cultural?

El interés por la diversidad parece subordinarse al discurso de la lucha de clases, y la demanda por la identidad sólo ser válida cuando puede ser resignificada como expresión de esta lucha en contra de los intereses capitalistas. En definitiva, este tipo de planteamiento no escapa a la crítica que el mismo marxismo realiza al nacionalismo revolucionario: el problema étnico es utilizado y subordinado en función de otro tipo de preocupaciones e intereses (en este caso las injusticias del sistema capitalista, del que, por otra parte, los indígenas son sin duda víctimas importantes), con el riesgo de que se planteen situaciones poco favorables para la propia identidad de las etnias.

Pluralidad y democracia

La caída del muro de Berlín y los acontecimientos en América Latina en los últimos años significaron en buena medida un abandono del modelo marxista pero, por supuesto, no se ha dejado de reflexionar sobre la cuestión del nacionalismo y el problema del indígena en la región. En este momento, la pregunta por la mejor forma para la sociedad nacional se expresa en términos de qué tipo de democracia se debe impulsar.

Flores Olea, en su texto "Nación, Nacionalismo y Pluralidad" aborda este problema, considerando los pros y los contras que se encuentran en el nacionalismo, para ofrecer su propuesta sobre aquel que se ajusta mejor al proyecto democratizador. Este autor señala que "La exaltación de las culturas nacionales, como una forma de conservar la identidad, contradice la difusión indiscriminada de los 'estilos de vida' estandarizados, que propone la economía capitalista contemporánea".³²

Sin embargo, el nacionalismo como afirmación y defensa de la independencia puede tener su contraparte negativa, como el riesgo de exaltación de pretendidas

³¹ Este es el caso, por ejemplo, de grupos indígenas norteamericanos, que a partir de la autonomía legal de sus reservas colocaron casinos —prohibidos en la mayoría de los estados—, lo que les genera una fuente tan importante de ingresos que modificó sustancialmente su lugar en la economía, suscitando también cambios en las relaciones políticas con la federación.

³² V. Flores Olea, "Nación, nacionalismo y pluralidad", en *Cuadernos Americanos*, p. 72.

tradiciones autosuficientes que producen el aislamiento, o la tendencia a un "nacionalismo perverso", que podría orientarse al fortalecimiento de sistemas de dominación y al sometimiento de otras sociedades con argumentos de superioridad cultural y étnica.

La propuesta de Flores Olea consiste en un "nacionalismo" contemporáneo, capaz de resistir las subordinaciones, pero ajeno al aislamiento, que sólo sería posible alcanzar por el camino de la ampliación y el fortalecimiento de las democracias internas, lo que implica la admisión y el reconocimiento del pluralismo. Por democracia, este autor entiende no sólo los procesos formales de elección política, sino procesos más amplios de avance y lucha social. De esta manera, la diversidad se contrapone al autoritarismo, en tanto no se olviden los derechos humanos clásicos.

Este nacionalismo plural sería el que logra ofrecer la propuesta más amplia desde el punto de vista de las minorías étnicas, ya que propone simultáneamente acceso a la participación con respeto a la diversidad. Sin embargo, cabe preguntarnos: ¿el reclamo por la democracia, fundamental en nuestras sociedades, escapa al tratamiento del indígena como un objeto utilizado a los intereses ideológico-políticos de quienes lo sustentan?

Aunque aparentemente resulta la mejor alternativa que occidente puede ofrecer, el beneficio a los pueblos indígenas seguiría siendo un "beneficio secundario". Inevitablemente, la preocupación principal sigue respondiendo —como en el caso del liberalismo, el nacionalismo revolucionario y el marxismo— a los intereses ideológicos, sociales y políticos de los sectores que pugnan por esta transformación.

Conclusiones

A lo largo del recorrido presentado, se observan varias regularidades. En todas las posiciones examinadas la cuestión de las minorías étnicas resulta problemática en un doble sentido: como cultura e identidad que no encuentra lugar dentro de la constitución de una identidad nacional —por todos percibida como necesaria— y como minorías excluidas de los procesos de modernización. La respuesta más constante se centra en la eliminación de la identidad, donde como beneficio compensatorio las etnias se integrarían al proyecto nacional, ya sea como individuos con igualdad de derechos en el liberalismo, como miembros del "pueblo" en el nacionalismo revolucionario, como proletarios en el marxismo o como ciudadanos en la corriente democratizadora.

En este último caso es donde se consideran mayores posibilidades para el mantenimiento de una identidad cultural basada en los principios de pluralidad y tolerancia. Las propuestas más radicales, incluso, consideran la posibilidad de

una reconstrucción que permita a la "sociedad real, multiétnica, la única integración posible de sus diversos componentes que es la de asumir, en el plano institucional, un carácter abiertamente multinacional".³³

Sin embargo, más allá de las perspectivas particulares, en todos los casos encontramos que el enfoque mantiene un patrón que Villoro define con claridad:

... el indio se encuentra sometido, en su realidad misma, a un extraño proceso. Juega y se transforma su ser al pasar de mano en mano. Español, criollo y mestizo llaman en sus luchas propias al indígena, pero no esperan su respuesta; lo hacen responder según el tono que cada uno busca. El indio se queda plasmado según sea el grupo que solicite su ayuda... El indio juega en la historia, sin saberlo. Allá arriba, mestizos y criollos arreglan sus papeles, distribuyen su actuación, su situación histórica; lo nombran su aliado o su enemigo, mientras el indio, indiferente, ignorante de su propio proceso, sigue laborando tristemente allá abajo.³⁴

Se buscan soluciones al problema indígena, pero sin considerar necesario comprender su realidad e identificar con claridad sus necesidades. De hecho, la misma definición del problema como "indígena" contiene un fuerte elemento uniformador, ya que presenta a los grupos indígenas como sociedades homogéneas sin conflictos internos (condición que permitiría, por ejemplo, asimilarse íntegramente al proletariado), desdibujándose además las diferencias de los grupos entre sí. Sin embargo, tan sólo en México, por ejemplo, existen más de 50 grupos, con características sumamente diversas que impiden cualquier tipo de identificación común. En muchos casos, incluso, los grupos se sienten más cercanos culturalmente a los mestizos que a otros grupos indígenas, con los cuales pueden mantener conflictos o rivalidades centenarias.

Especialmente peligroso resulta cuando estas consecuencias se trasladan al discurso académico. Hemos visto que, en general, la teoría del nacionalismo tiene fuertes contenidos ideológicos. Sin embargo, el esfuerzo por tratar de mantener ambas dimensiones separadas, o al menos explicitarlas en el análisis, es un requisito importante para alcanzar mayor profundidad en el conocimiento de las distintas dinámicas de relación de los grupos indígenas en el contexto de las naciones de América Latina.

Quizás, una forma de escapar al menos parcialmente a esta lógica es preguntarnos hasta qué punto, en un contexto donde cada vez más el propio concepto moderno de identidad es puesto en duda y donde los individuos

³³ D. Ribeiro, *op. cit.*, p. 59.

³⁴ L. Villoro, *op. cit.*, p. 241.

responden a múltiples, sucesivas y simultáneas identificaciones,³⁵ el orden social o simplemente el "estar juntos" requiere descansar sobre la existencia de una única identidad nacional. Quizás sólo cuando reconozcamos nuestra propia pluralidad y aprendamos a manejarla podremos fundamentar un orden que dé lugar a la expresión de identidades abiertas, plurales, cambiantes, tanto de los "otros" como de "nosotros".

En todo caso, será también necesario explorar la integración de nuestras propuestas "occidentales" con las propias propuestas de las minorías étnicas, lo que implica un largo, complejo y difícil camino donde se ensayen las distintas posibilidades de diálogo entre múltiples perspectivas. Esto implica, además, abandonar la búsqueda de soluciones "definitivas" para el problema indígena, del estilo planteado por las distintas versiones del nacionalismo latinoamericano. Hoy, quizás, antes que perseguir la eliminación de los conflictos, debemos buscar estructurar nuestra coexistencia alrededor de las tensiones que éste genera; en otras palabras, buscar las formas de poder vivir con él.

Bibliografía

- Abercrombie, N., S. Hill y B. Turner, *Dictionay of Sociology*, Inglaterra, Penguin Books, 1984.
- Aguirre Beltrán, G., "Las características de las culturas indígenas" en Zea, L. (comp.). *Características de la cultura nacional*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1990.
- Aguirre Beltrán, G., "Introducción", en Lombardo Toledano, V. *El problema del indio*, México, SEP, SepSetentas 114, 1973.
- Brading, D., *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Ediciones Era, 1980.
- Deutsch, Karl, *Nationalism and its Alternatives*, Nueva York, 1969.
- Devalle, S. "Etnicidad: discursos, metáforas, realidades", en Devalle (comp.). *La diversidad prohibida*, México, El Colegio de México, 1989.
- Flores Olea, V., "Nación, nacionalismo y pluralidad", en *Cuadernos Americanos*, vol. 266, núm. 3, 1986, pp. 71-77.
- Khon, Hans, "Nacionalismo", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Edición española, Madrid, 1975.

³⁵ El concepto de "identificaciones" es propuesto por Maffesoli en *El Tiempo de las Tribus* (España, Icaria, 1990). Al respecto de las características de la identidad en las sociedades contemporáneas existe una amplia bibliografía. Sólo como ejemplos: Berger, Berger y Keller, *The Homeless Mind* (New York, Vintage Books, 1973); Giddens, A. *Modernity and Self-Identity* (Inglaterra, Polity Press, 1991).

- Kirk, J., *José Martí. Mentor of the Cuban Nation*, Tampa, University Press of Florida, 1983.
- Maffesoli, M., *El tiempo de las tribus*, Icaria, España, 1990.
- Mariátegui, J. C., "El problema del indio", en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, México, Ediciones Era, serie popular, 1979.
- Martí, J., "Nuestra América", en *Cuba, nuestra América, los Estados Unidos*, México, Siglo XXI Editores, 1973.
- Medina Echavarría, J., *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico en América Latina*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964.
- Mella, J. A., *Escritos Revolucionarios*, México, Siglo XXI editores, 1978.
- Puhle, H., "Nacionalismo en América Latina", en *Revista Paraguaya de Sociología*, vol. 23, núm. 67, 1986, pp. 119-131.
- Ribeiro, D., "Etnicidad, indigenismo y campesinado. Futuras guerras étnicas en América Latina", en Devalle (comp.). *La diversidad prohibida*, México, El Colegio de México, 1989.
- Rustow, D., "Nación", en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Edición española, Madrid, 1975.
- Villoro, L., *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Ediciones Casa Chata, núm. 9, 1979 (primera edición: El Colegio de México, 1950).
- Zapata, F., *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990.